



ANA DE JESÚS Y LAS BIOGRAFÍAS DEL CARMEN DESCALZO

M.^a Pilar Manero Sorolla
UNIVERSIDAD DE BARCELONA

El 4 de marzo de 1621 moría en Bruselas, en el Carmelo Real, Ana de Jesús, fundadora del mismo, el primero que la reforma teresiana había erigido en Flandes. En las honras fúnebres que siguieron a su muerte, presididas por los archiduques de Austria, Alberto e Isabel Clara Eugenia, gobernadores de los Países Bajos y coadjutores del convento descalzo bruselense, Tomás de Jesús, provincial de la congregación italiana, pronunció, desde el púlpito, la homilía funeraria: en realidad, una gran loa a la carmelita recién desaparecida, posible base de la posterior demanda del inicio de un proceso de canonización y beatificación promovido por Beatriz de la Concepción (Zúñiga), discípula y sucesora de Ana de Jesús en el priorato del Carmelo Real y con el beneplácito de la infanta Isabel Clara Eugenia, una vez más, patrocinadora de la empresa.¹

La madre Ana de Jesús, en el mundo Ana de Lobera, había nacido en Medina del Campo, el 25 de noviembre de 1545, donde transcurrió su niñez en el seno de una familia de labradores, al parecer, acomodada. Adoctrinada por los padres de la Compañía de Jesús, en particular por el padre Pedro Rodríguez, había ingresado en el Carmen de Ávila en 1570, profesando en Salamanca en el año siguiente, donde, por su esmerada formación, pronto fue nombrada maestra de novicias. Distinguida por santa Teresa desde el momento de su conocimiento, convivió íntimamente con la reformadora en los primeros años de su experiencia carmelitana para muy pronto ser destinada a las difíciles fundaciones de Andalucía. En relación estrecha igualmente, desde los primeros tiempos de la reforma, con Juan de la Cruz² y Jerónimo Gracián,³ será ella la fundadora de Beas del Segura en 1575, donde comunicará espiritualmente, de manera intensa, con el futuro santo, confesor del convento, fundando ambos en 1582, en Granada,⁴ siendo Ana de Jesús y la comunidad

¹ Ildelfonso Moriones, *Ana de Jesús y la herencia teresiana*, Roma: Teresianum, 1968, págs. 349 y ss.

² M.^a Pilar Manero Sorolla, «Ana de Jesús y Juan de la Cruz: perfil de una relación a examen», *Boletín de la Biblioteca Menéndez y Pelayo*, LXX (1994), págs. 5-53.

³ Silverio de santa Teresa, «Introducción» a Jerónimo Gracián, *Obras*, Burgos: Monte Carmelo, «Biblioteca Mística Carmelitana», n.º 15, 16, 17; Juan Luis Astigarraga, «Introducción» a Jerónimo Gracián, *Cartas*, Roma: Teresianum, «Monumenta Historica Carmeli Teresiani», 9, 1989. Anselmo Donázar, *Principio y fin de una Reforma. La Reforma del Carmen y sus hombres*, Roma: Teresianum, 1968, págs. 227-55.

⁴ M.^a Pilar Manero Sorolla, «Ana de Jesús cronista de la fundación del Carmen de Granada», *Filología*,

femenina descalza de los dos carmelos andaluces y su paisaje, impulsos y espacio de privilegio de fases importantísimas en la redacción, sino inspiración, del *Cántico Espiritual* sanjuaniano a ella precisamente dedicado.⁵ Ana ocupará desde entonces cargos de reciente responsabilidad, especialmente a la muerte de santa Teresa, en el mismo año de la fundación granadina en 1582. La ascensión de Nicolás de Jesús María (Doria) al provincialato de la orden en 1585, supuso el comienzo de una reorganización del Carmen descalzo que, en principio, otorgó a Ana de Jesús una clara relevancia, pues fue el nuevo provincial quien le designó para fundadora y priora del primer Carmelo de monjas descalzas de Madrid, tan largamente deseado y nunca conseguido por santa Teresa, y finalmente fundado por ella, en compañía de Juan de la Cruz, en 1586, perfilándose con ello su puesto de sucesora de santa Teresa en la orden.

Pero dos años después, en 1588, en el capítulo general de Madrid, el mismo Doria instituyó en el Carmen la llamada «Consulta», como gobierno permanente de frailes y también de monjas, destinada a juzgar todos los problemas de las comunidades, y con poderes para nombrar priores y prioras, predicadores y confesores, disponiéndose así a controlar las conciencias y determinando, asimismo, el destino y la permanencia de los religiosos en cada convento. La «gran máquina» como muy significativamente la llamarán las monjas, en particular María de la Encarnación (Salazar), centralizaba el Carmen descalzo, supeditando totalmente las descalzas, pioneras y almas de una reforma que fue, en principio, femenina, al poder masculino de los frailes. La «Consulta» mermaba, además, de manera sensible, los más justos y esenciales derechos de las monjas en relación a su forma de gobierno, facultad de elegir a las prioras y su propia dirección espiritual, aneja la libertad de confesores; el antiguo caballo de batalla de Teresa de Jesús. Por lo demás, la *Regla* y las *Constituciones* se desfiguraban y el auténtico espíritu teresiano como forma de vida y muerte podía eclipsarse, como con ello se eclipsaba su humanismo.

Ana de Jesús fue consciente de los acontecimientos que agudamente se perfilaban y de sus eminentes y dolorosas repercusiones y junto con María de san José, la hija espiritual dilecta de santa Teresa y asesorada por religiosos no carmelitas, pero conocedores de la reforma teresiana: Domingo Báñez, Teutonio de Braganza, Luis de León, encabezó una petición hecha a Roma, al papa Sixto V, en 1590, para la obtención de un breve, bien llamado *Breve Salvatoris*, que confirmase para las monjas las leyes, herencia de santa Teresa y que, desde el principio de la reforma, habían aprobado todos los capítulos y todos los superiores de la orden que había tenido la Descalcez. Y antes, en 1588, a manera de defensa o de indirecta oposición, había hecho reimprimir en Madrid las primeras *Constituciones* de Alcalá, promulgadas por la fundadora en 1581; las que el *Breve Salvatoris* quería defender y que

XXVI (1993), págs. 121-47.

⁵ Roger Duviol, *La genèse du «Cantique spirituel» de saint Jean de la Croix*, Paris: Les Belles Lettres, 1971, págs. 227-366.

Ana defenderá, conservará y seguirá siempre.⁶ Pero en 1591, el *Breve Salvatoris*, concedido por Sixto V a las descalzas, fue revocado por Gregorio XIV y en este año se sucedieron vertiginosamente tres papas en el solio pontificio (Gregorio XIV, Inocencio IX y Clemente VIII) que dejaron oficialmente en suspenso el llamado «asunto de las monjas». Ana de Jesús fue encarcelada en su celda-prisión del Carmen de Madrid. Luego, ella misma quiso recluirse en Salamanca, su convento de origen, donde permaneció marginada durante el mandato del nuevo general Francisco de la Madre de Dios, seguidor del misógino Doria.⁷ En 1604, la acción contrarreformística francesa ofreció a Ana de Jesús la ocasión de pasar a Francia, en un exilio solapado, solicitada por el caballero franco-español Jean de Quintanadueñas de Brétigny y el mismo cardenal de Bérulle, para fundar nuevos carmelos en París (1604)⁸ y Dijon (1605), hasta que la infanta Isabel Clara Eugenia, conocedora del giro galicista que había tomado en pocos años la reforma teresiana en Francia, la reclamó para fundar en Flandes, en principio, en 1607, el mismo Carmelo Real, donde, asumido ya su papel de sucesora de santa Teresa en el Carmen reformado en el exilio, moría como hemos dicho, en 1621, en Bruselas.

A pesar de las honras fúnebres que se le tributaron a su muerte en Flandes y de los signos e indicios de prodigios y milagros que habían acompañado el fin de sus días, la beatificación y canonización de Ana de Jesús no pareció interesar a los círculos de poder del Carmen descalzo en España, que procuró silenciarla en su historiografía. Y ni siquiera en Italia, país al que se habían ido trasladando carmelitas españoles en discordancia con el rigorismo exacerbado que la orden había adquirido a partir de 1585 en España, se promovió algo al respecto. Beatriz de la Concepción (Zúñiga), en principio, secundada luego y protegida por la infanta Isabel Clara Eugenia, al cabo dos mujeres, a la par que el proceso de beatificación y canonización, impulsaron la escritura de una biografía de la fundadora que fijase y diese a conocer las grandezas de Ana de Jesús, tanto en su vida activa como contemplativa, encargándosela, en principio, al maestro Basilio de León, agustino de la Universidad de Salamanca, por haber conocido a la madre Ana en su último periodo salmantino. Y muerto éste, sin apenas haber intentado el cometido, se recurrió al maestro fray Ángel Manrique, de la orden de san Bernardo, catedrático de Teología de la misma universidad. La elección se había llevado a cabo muy sopesada y atinadamente por la archiduquesa: Manrique era cisterciense, antiguo alumno de Alcalá, universidad de la que, presumiblemente, habría conservado su celebrado «es-

⁶ Berthold- Ignace de Sainte-Anne, *Anne de Jésus et les Constitutions des Carmélites Déchaussées ou mémoire historique et justificatif tendant à démontrer que la servante de Dieu Anne de Jésus est restée constamment fidèle à l'esprit du Carmel Réformé par Sainte Thérèse*, Bruxelles: Alfred Vromant, 1874 (2 vols.). Las sucesivas *Constituciones* de las carmelitas descalzas en el s. XVI han sido publicadas recientemente en «Monumenta Historica Carmeli Teresiani», 16, Roma: Teresianum, 1995.

⁷ Ildelfonso Moriones, *Ana de Jesús...*, págs. 187-223.

⁸ M.^a Pilar Manero Sorolla, «Ana de Jesús cronista de la fundación del primer Carmen descalzo de París», *Bulletin Hispanique*, XLV (1993), págs. 647-72.

píritu»; había publicado numerosas obras de teología y había demostrado ya su capacidad como historiógrafo. Por otro lado, y lado nada despreciable de tener en cuenta, seguramente tenía en mayor estima a la Casa Real que a los carmelitas rigurosos de España, pues no en balde acababa de publicar en Salamanca, en 1621, un volumen dedicado a la memoria del augusto hermano de la infanta Isabel, cuya lectura debió de decidir a ésta en la elección: *Exequias, túmulo y pompa funeral que la Universidad de Salamanca hizo en las honras del rey nuestro Señor Felipe III*, que consagraba a Ángel Manrique como memorialista de rango.⁹

Aunque por lo común la biografía de un religioso o religiosa de prestigio y mérito se encargaba de llevarla a cabo un miembro capacitado de la propia orden, especialmente si se trataba de la «biografía oficial»,¹⁰ (aparte quedan, claro está, las biografías realizadas por «hermanas en religión y orden», relativamente «más espontáneas»), la tendencia se rompe abiertamente a fines del siglo XVI, pudiendo ser varias las causas. Y en este orden de cosas, la misma primera biografía completa, relativamente completa, de santa Teresa, obra de Francisco de Ribera de la Compañía de Jesús, publicada en 1590, pudiera muy bien, entre otras, ejemplificar el cambio, aunque las razones de tal opción, solución o alternativa pudiesen ser diversas y existir protagonistas en potencia no interesantes o inconvenientes para una orden y, por lo tanto, desprovistos para ella de las cualidades que pudieran demandar o propiciar un proceso de beatificación o canonización. Como sea —y no es el caso de Teresa de Jesús, cuya no sólo beatificación sino santificación interesa mucho a la orden, aunque no siempre de igual modo—, en la tradición del Carmen, pero muy particular y significativamente en la de las monjas, las biografías son escritas en un primer momento, que es el momento secular de la explosión de la biografía contrarreformística y del asentamiento de la reforma teresiana, o sea, el siglo XVII, o ya muy a finales del XVI, por escritores no carmelitas.

Distintas entre sí por la extensión e intención y excepción hecha de las escritas por Julián de Ávila,¹¹ terciario carmelita y primer capellán de Teresa de Jesús, o las semblanzas, más que biografías propiamente dichas, del carmelita expulsado y proscrito Jerónimo Gracián¹² o la apología de santa Teresa realizada por fray Luis de León,¹³ que permanecieron inéditas, las biografías antiguas, relativamente com-

⁹ Ildefonso Moriones, *Ana de Jesús...*, págs. 349 y ss.

¹⁰ José Sánchez Lora, *Mujeres, conventos y formas de religiosidad barroca*, Madrid: FUE, 1988, pág. 391.

¹¹ *Vida de Santa Teresa de Jesús, por el maestro Julián de Ávila, primer capellán de la santa*, Ms. Archivo Silveriano, Burgos; obra inédita, anotada y adicionada por Vicente de la Fuente, Madrid: Antonio Pérez Dubrull, 1881.

¹² *Escolias a la vida de Santa Teresa compuesta por el P. Ribera (¿Lisboa, 1591?)*, ed. de Juan Luis Astigarraga, Roma: Teresianum, 1982.

¹³ *De la vida, muerte, virtudes y milagros de la Santa Madre Teresa de Jesús*, Libro primero, por el Maestro Fr. Luis de León, Salamanca, ¿...?. En *Obras Completas* a partir de la ed. del P. Antolín Merino, Madrid: Vda. De Ibarra, 1883, II, págs. 359-81. Ed. facsímil de M. J. Mancho y J. M. Prieto, Salamanca: Universidad, 1991.

pletas, sobre la querida santa de Ávila: la de Francisco de Ribera, publicada en Salamanca en 1590¹⁴ y la de Diego de Yepes en Zaragoza en 1606,¹⁵ sensiblemente diferentes sobre todo en sus interpretaciones de los hechos, (pues no hay que olvidar que la segunda tuvo como fin el de proporcionar a los seguidores de Nicolás Doria «un punto de apoyo para sostener sus posiciones, fundándose en la vida de la santa; mientras que las monjas defendían las suyas fundándose en la de Ribera»),¹⁶ como sea, las dos se nutrieron, a la vez que propiciaron y coadyuvieron en la beatificación y canonización de la futura santa, acaecidas en 1614 y 1622, respectivamente, y ambas marcaron en la orden reformada del Carmen descalzo la tradición de una trayectoria, de una moda, por lo demás común a otras órdenes religiosas y sensiblemente parecidas en otras latitudes europeas, impregnadas por la ideología y la estética contrarreformista con su orientación moral, religiosa y ejemplarizante; por su capacidad impresionista de evocación y, desde luego, por la tendencia expresiva propia del barroco hacia la grandiosidad y la hipérbole, de lo que participa Ángel Manrique, maestro también en el arte de la predicación y en su retórica, en la biografía mentada de la madre Ana, publicada, finalmente, en Bruselas en 1632¹⁷ y dedicada, como era de esperar, a la «Serenísima Infanta Isabel», participando de la tendencia barroca, al uso, de una interpretación idealizada y cuasi novelesca del biografiado, del gusto asentado en el modelo hagiográfico y en sus parámetros, universalizados por la sociedad sacralizada de la Contrarreforma y el Barroco y en la que, naturalmente, prevalece y se potencia, como valor supremo, la dimensión ejemplar y en la época fascinante de la santidad heroica y fantástica del protagonista.

En realidad, en lo que concierne a las fuentes, base de la biografía, Ángel Manrique partía de un fundamento precario, en especial comparado el caso de Ana de Jesús con el de santa Teresa: se contaba con pocos materiales autobiográficos, pues no fue Ana de Jesús escritora de grandísima vocación literaria en un mundo, el teresiano, familiarizado con la escritura y en un círculo formado por eminentes es-

¹⁴ *La vida de la Madre Teresa de Jesús, fundadora de las Descalças y Descalços, compuesta por el Doctor Francisco de Ribera de la Compañía de Jesús y repartida en cinco libros*, Salamanca: Pedro Lasso, 1590.

¹⁵ *Vida, virtudes y milagros de la Bienaventurada Virgen Teresa de Jesús, Madre y fundadora de la nueva Reforma de la Orden de los Descalços y Descalças de Nuestra Señora del Carmen*, Zaragoza: Angelo Tanano, 1606. Aunque en opinión de Ildelfonso Moriones, *op. cit.*, pág. 358, n. 13, sea Tomás de Jesús el verdadero autor del libro.

¹⁶ Ildelfonso Moriones, *Ana de Jesús...*, págs. 328 y ss.

¹⁷ Ángel Manrique, *La Venerable Madre Ana de Iesus. Discípula y Compañera de S.M. Teresa de Iesus y principal aumento de su orden. Fundadora de Francia y Flandes*, Bruselas: Lucas Meerbleck, 1632. La obra tuvo pronto traducción francesa: *La Vie de la Vénérable Mère Anne de Iesus, Compagne de Sainte Thérèse et Fondatrice des Carmélites Deschaussées en France et en Flandes...*, composée par le R. P. Ángel Manrique et traduite par René Gaultier, Paris: Adrian Tavpinart, 1936. También se hizo de ella resumen en castellano: *Epítome de la vida de la venerable madre Ana de Jesús* que más por extenso sacó a la luz el RPM Fr. Ángel Manrique..., por el P. MF Plácido de Arbieto, Monje Cisterciense, Salamanca: Francisco Roales, 1643

critores –santa Teresa, san Juan, Jerónimo Gracián, María de san José– al que ella perteneció por derecho propio. Así, contrariamente a la tradición de la Descalcez femenina, marcada en su expresión literaria por el genial ejemplo de santa Teresa, Ana de Jesús no escribió la «vida» que redactaron tantas monjas, infinitamente menos cultas y peor dotadas que ella en el manejo de la pluma y la sabiduría doctrinal, y de la que se acostumbraron a valer los biógrafos posteriores de religiosas. Escribió, eso sí, con corrección y precisión cuando convino: poesías, seguramente por gusto, manteniendo la tradición teresiana que ella recreó, cartas, relaciones para el proceso de canonización y beatificación de santa Teresa.¹⁸ En fin, escritos típicos de la escritura conventual carmelitana, con las crónicas fundacionales de Granada y París que proporcionan algún dato, pero no de la calidad y cantidad que suministran los escritos de santa Teresa. De este modo será el propio Ángel Manrique en el prólogo, haciendo gala del rigor historiográfico, el que señale, de manera general, no en la particularidad de cada caso, la procedencia e índole de sus fuentes históricas y sus lagunas documentales. Y así, la vida de Ana de Jesús, a partir de su noviciado y profesión en la Descalcez, se asienta en las «fundaciones y vida de la Santa Madre Teresa de Jesús; vida y escritos del Padre Maestro Jerónimo Gracián: vidas del Venerable fray Juan de la Cruz; deposiciones de personas fidedignas, en especial las Religiosas, grandes siervas de Dios, Madre Madalena del Espíritu Santo y Francisca de la Madre de Dios», más papeles que facilita el Doctor Andrés Duval (otro de los propiciadores de la Descalcez en Francia) y, especialmente, Beatriz de la Concepción, compañera y discípula espiritual de Ana, y su Alteza Serenísimas, la infanta Isabel Clara Eugenia. También se vale el biógrafo de bulas fundacionales y noticias de recepción y transmisión de oídas, modalidad fehaciente en el siglo XVII y todavía actuante en los carmelos femeninos; más las deposiciones, armas de doble filo por la posible distorsión de la verdad de los testimonios procesales y porque las preguntas de las mismas se hallaban normalmente comprimidas y remodeladas por las pautas de un cuestionario al uso de los intereses generales de la Iglesia o de la orden, que las solicitaba, puesto que el objetivo hagiográfico imperante en los procesos era buscar signos santificantes del procesado y las propias preguntas y valoración de las respuestas se hallaban siempre decantadas a dar una interpretación sobrenatural de cualquier acontecimiento humano.¹⁹

Por otro lado, Ángel Manrique declarará en el mismo prólogo, no sin algún rodeo, que en lo tocante a los orígenes, infancia y juventud de la biografada ser esta parte «la más dudosa de su navegación (...) por más escondida, negada no solamente a los ojos sino a las plumas y lenguas igualmente»: y, admitiendo, finalmente, algún desvío en relación a la historia verdadera «en ella no me atrevo a asegurar que no he faltado», sin poder concretar las fuentes escritas u orales que, en

¹⁸ Ana de Jesús, *Escritos y documentos*, ed. A. Fontes y R. Palmero, Burgos: Monte Carmelo, «Biblioteca Mística Carmelitana», 29, 1996.

¹⁹ Romeo de Maio, «L'ideale eroico nei processi di canonizzazione nella Controriforma», *Riforme e miti nella chiesa del cinquecento*, Napoli: Guida Editori, 1973, págs. 257-78.

realidad, no posee, pero potenciando, eso sí, a través de la invención, el núcleo originario de una historia, forzosamente fantástica y maximalista, dividida en la fórmula tripartita y tópica de vida, virtudes y milagros.

Así, a pesar de la declaración inicial de su desconocimiento efectivo de los orígenes y de los primeros años de la vida de su biografiada, Ángel Manrique no tendrá empacho de hacer de Ana de Jesús un ser predestinado por Dios: curada milagrosamente de sordomudez a los 7 años, asociados sus caracteres sobrenaturales, que ya posee entonces, con los ideales sociales de la España de la época, presentándola envuelta en el aura de la santidad *ab initio*, santidad heroica, decididamente resuelta desde su más tierna infancia a la exaltación de la virginidad y el deseo de perfección conseguida no sin esfuerzo a través de la práctica de la oración y de la mortificación; santidad sobrepuesta, además, a la posesión de singular belleza y esclarecido linaje, detalles estos últimos que engrandecen más la virtud y el valor de la renuncia al mundo y a sus pompas de tan atractiva y, al parecer, cortejada doncella, a la que Manrique otorgará el sobrenombre de «La Virgen» en el primer capítulo de su biografía,²⁰ seguramente para iniciar sobre la base de la virginidad y su victoria de la carne, la construcción del despliegue hagiográfico de la triple aureola.²¹

Sin padres, desde su más tierna infancia y habiendo elegido por madre a la Virgen de los Ángeles y por padre, naturalmente a Cristo, en su juventud más esplendorosa, cuando en Medina la llaman la «Reina de las Mujeres», Ana de Lobera decidirá hacerse beata, vistiendo como tal y patentizándose ya entonces sus dones de profecía y sanación, carismas que ha de mantener a lo largo de su existencia y que se intensificarán a su entrada en el Carmen descalzo, experimentando vivencias sobrenaturales que comparte con su santa madre Teresa de Jesús, pues es obvio que para los objetivos de la biografía que va a ver la luz cuando santa Teresa se halla ya beatificada (1614) y canonizada (1622), se precisa potenciar la unión de estas dos santas mujeres; unión que en la realidad histórica tuvo sus altibajos, como precisamente revela el *Epistolario* teresiano.²²

Si, en cambio, se ajusta a la realidad histórica y a la verdad la intensa relación que la venerable madre intercambió con Juan de la Cruz, a la que Manrique da importancia decisiva para el futuro de la Descalcez, desde el inicio del encuentro de ambos en Mancera, que explota con predeterminación y solemnidad sobrenatural, hasta las fundaciones en tierras andaluzas y, posteriormente, en Madrid. Todas ellas realizadas tras muchas y muy grandes dificultades, que sirven para que Manrique pruebe la calidad heroica, superior, fuera de lo común, de Ana como fundadora, asistida siempre por san Juan de la Cruz y por la Providencia divina reflejada en

²⁰ Ángel Manrique, *La Venerable*, lib. I, cap. I, págs. 4 y 11.

²¹ Antonio Volpato, «Il tema agiografico della triplice aureola», *Culto dei santi, istituzioni e classi sociali in età preindustriale*, ed. Sofia Boesch Gajano-Lucia Sebastiani, Aquila-Roma: Japadre Editore, 1984, págs. 509-27.

²² Santa Teresa, *Obras Completas*, ed. Efrén de la Madre de Dios y Otger Steggink, Madrid: BAC, 1974, n.º 424, carta fechada en Burgos, el 30 de mayo de 1582.

el resplandor, «una luz tan grande que salía del cielo»,²³ signo y baluarte inequívoco de «elegida», cuya presencia se muestra sistemáticamente desde la fundación madrileña. Aunque, a decir verdad, en la realidad histórica, esta época se viese perturbada por la acción de la Consulta y por la lucha de las monjas y la petición del Breve, cuyos entresijos Manrique, frente a la historiografía antigua del Carmen, obra de seguidores de Doria como José de Jesús María²⁴ y Jerónimo de san José²⁵ o Francisco de santa María,²⁶ narra con gran ecuanimidad, pues pese a que por su obra pasó, antes de ser publicada, la censura de los descalzos, seguramente temerosos de que los hechos narrados sobre Doria y su gobierno fuesen distintos y contradictorios respecto a lo que la historiografía oficial había relatado y sobre todo callado, sólo Ángel Manrique, biógrafo de la Venerable, protegido de la infanta Isabel Clara Eugenia y, al cabo, general de otra orden, la de san Bernardo, se atrevió a contar la historia de estos años desde la perspectiva, siempre relativa, de su biografiada y desde la posición espiritual y jurídica que ella quiso mantener en la Descalcez.

Precisamente la expansión de ésta fuera de España, en Francia y Bélgica, llena la última parte de la biografía²⁷ y aquí la figura de Ana se magnifica en extremo y se subraya su función de priora y maestra que puede suplir la dimensión de la predicación en la consecución de la segunda aureola que le posibilite llegar a la santidad. Es también la parte de la biografía en la que los signos sobrenaturales se multiplican contrastados con la presencia maléfica, también multiplicada, del demonio *in corpore*, cuya acción y repercusión, sin llegar a adquirir la exageración con que aflora en textos teresianos, queda, sin embargo, subrayada en la lucha intensa que la biografiada ofrece contra él y en pro de la Descalcez y de la Iglesia con la consiguiente apología indirecta. Ésta se prolonga en la última parte en la que la potencialidad de Ana de Jesús como futura santa viene rematada por los grandes sufrimientos que le acompañan durante los últimos siete años de su vida (el número no deja de ser significativo): «martirio» añadido a los anteriormente sufridos y que le aseguran la triple aureola, a su larga espera de la muerte y su lenta agonía, imitación heroica de Cristo en su gloriosa pasión. Y a la muerte y sepultura seguirán los portentos *post mortem*: cuerpo incorrupto, despidiendo un suave olor...; apariciones, muy significativamente acompañadas, ora por san Juan; ora por santa Teresa,

²³ Ángel Manrique, *La Venerable...*, lib. III, cap. VIII, págs. 180-85 y lib. IV, cap. X, págs. 269 y ss.

²⁴ *Historia de la vida y virtudes del venerable P. F. Ivan de la Cruz. Primer religioso de la Reforma de los descalzos de N. Señora del Carmen*, Bruselas: Ivan De Meerbeeck, 1628.

²⁵ *Historia del Carmen Descalzo*, Madrid, 1637; *Historia del venerable Padre F. Juan de la Cruz. Primer descalzo carmelita. Compañero y Coadjutor de Santa Teresa de Jesus en la Fundación de su Reforma*, Madrid: Diego Díaz de la Carrera, 1641.

²⁶ *Reforma de los Descalços de N. S. del Carmen de la primitiva observancia hecha por Santa Teresa de Jesús en la antiquísima Religión fundada por el gran Profeta Elías*, Madrid: Diego Díaz de la Carrera, 1644-1655, 2 vols.

²⁷ Ángel Manrique, *La Venerable...*, libs. VI y VII.

que, además, milagrosamente, dilatan, después de la muerte, uno de los carismas más celebrados en vida de la madre Ana: el don de sanación.²⁸

La biografía de Manrique, a la vista de estos datos escuetos, se atiene a los parámetros de medición y consecución de la santidad, sustituyendo la biografía vital sólo relativamente en su dimensión interior. Pero tiene el gran acierto (y para eso la archiduquesa Isabel la mandó escribir y Beatriz de la Concepción colaboró en ello) de señalar los momentos históricos, no por externos menos importantes, de la lucha de Ana de Jesús por mantener en el Carmen la herencia teresiana: en esto es única frente a la historiografía y las biografías de la Descalcez, en un período que sobrepasa el de la Contrarreforma y el Barroco.²⁹

²⁸ Ángel Manrique, *La Venerable...*, lib. VII, cap. III-IX.

²⁹ Porque, en efecto, tendremos que esperar a muy entrado el siglo XX para que se lleven a cabo planteamientos objetivos y críticos de los hechos. Pero ver, al respecto, el estado de la cuestión y las propuestas metodológicas de Ildefonso Moriones, *El Carmelo Teresiano y sus problemas de memoria histórica*, Vitoria: Ediciones del Carmen, 1997.